

BIBLIOGRAFÍA

P. ANDREAS FERNÁNDEZ, S. J.: *Commentarius in Librum Iosue. Cursus Scripturae Sacrae*. Sectio II, vol. 5 (Paris-VI, P. Lethielleux, 1938), XVIII-291 pgs.

Con la presentación a que nos tiene acostumbrados la Editorial Lethielleux, en el *Cursus Scripturae Sacrae*, de los PP. de la Compañía de Jesús, sale a luz este volumen para sustituir el comentario, ya agotado, del P. Hummelauer. No en vano pasan los años. La historia, la geografía, la arqueología y demás ciencias auxiliares aportan de continuo nueva luz. Las teorías heterodoxas van pasando, sucediéndose y perdiendo terreno. Por estas y otras varias razones, que puede apreciar cualquier lector que compare los comentarios del P. Fernández y P. Hummelauer, era verdaderamente necesario no contentarse con una nueva edición del antiguo, sino presentar uno nuevo.

En los "Prolegomena" adopta la división del libro en tres partes: las dos primeras corresponden a la doble misión de Josué —conquista de la tierra, 1-12, y distribución, 13-21—. La tercera está formada por tres apéndices, 22-24. Razona muy bien cómo el c. 22 es apéndice, así como 23 y 24, pero sin constituir con ellos unidad. El libro tiene preferentemente un fin práctico religioso, que cristaliza, sobre todo, en poner de manifiesto la fidelidad de Dios, al mismo tiempo que ilustra otras verdades religiosas. Trata luego de la importancia del libro por su aspecto histórico y por las cuestiones de orden social y teológico, así como por los prodigios sobrenaturales que refiere. Muy bien y en pocas palabras trata de la unidad del libro en sí mismo y de su independencia de otros, donde tiene la fórmula feliz: Es complemento del Pentatéuco bajo el aspecto *histórico*, pero no bajo el aspecto *literario*. Con la misma sobriedad y fortuna, demuestra que fué escrito antes del reinado de David sobre Israel; en cuanto al autor, propuestas las opiniones y los argumentos, los pondera y concluye que ni la tesis de Josué autor ni la contraria tienen base suficiente; pero sí es necesario reconocer que el autor, si no fué Josué, debió usar documentos coetáneos o redactados poco después, y lo demuestra. Del modo como fué compuesto reconoce que en absoluto podía haberse escrito después

de Josué por tradición oral, gracias a la memoria tenacísima del pueblo y al testimonio vivo y perenne de las ciudades, monumentos, etc. Pero no es lo probable, dado lo corriente de la escritura, y constando que Moisés y Josué escribieron. Por consiguiente, es obvio pensar en anales al día, de los que el autor se sirvió. Por lo demás, queda indicio de ello y de varios autores dentro del libro mismo, por la forma diversa. De lo expuesto síguese la autoridad histórica, sobre todo tratándose de hechos públicos y notorios. Alega en confirmación de la historicidad la índole misma de las narraciones, de acuerdo con la naturaleza y curso de las cosas, y de tal viveza algunas que parecen estar arrancadas a la entraña misma de los hechos; la sinceridad hasta en los defectos. Del texto y versiones expone brevisísimamente la cuestión que se reduce a TM y LXX. Razona muy bien cómo son preferibles B y A a la recensión de Luciano, que es armonística y artificiosa. Asimismo resulta ser más puro (entre B y A), por lo general, el que más difiere de TM, pues no se explica que los copistas se aparten de TM, que siempre es considerado como fuente, y sí se explica que acomoden a él sus copias. Entre TM y LXX a priori no se puede elegir. Los autores disienten. El P. Fernández prefiere examinar cada caso en el comentario. Considera largo y poco útil catalogar todos los casos de divergencias entre TM y LXX, como hacen Humm, Schulz y Holmes. Por lo que hace a la condición de los tiempos, conviene definir antes la época de el Éxodo. Expuestas las opiniones y argumentos en pro de Thutmosis III y Ramsés II, las pondera con la seriedad de costumbre, y piensa que no es posible pronunciarse con certeza. Provisionalmente prefiere la de Ramsés II, hasta que la Arqueología defina la época de la destrucción de Jericó. En todo caso la situación de Canaán desde Thutmosis a Ramsés (1600-1200) era de gran división en pequeños reinos independientes entre sí, y dependientes, más o menos, de Eg., lo que atestigua el-Amarna, y concuerda con Josué y otros documentos. Ni es dif., dice Fernández, el silencio de Josué sobre el dominio Eg., no interesándole describir la situación política de Canaán, sino la victoria de Isr. sobre los Cananeos, fueran o no dependientes de Eg. o de otra potencia. Por lo demás, las expediciones de los Faraones se verificaban por la costa y no penetraban en la montaña. A los Habiri los identifica con los Hebreos, pero no con los Israelitas. Pasa a la cuestión de cómo entraron los Israelitas en Canaán, y refuta la teoría heterodoxa. No niega que algunas familias hubieran subido a Canaán antes de Moisés, porque es bastante natural y no contradice a la Escritura. Pero sí contradice a toda la tradición hebrea que no salieran de Eg. todas las tribus juntas con Moisés. Concede importancia singular a la confrontación del libro de Josué con el de los Jueces. Esto, con algunas indicaciones sobre la relación de los acontecimientos narrados en el libro de Josué con la historia de Egipto, sobre las fuentes que ilustran este libro, sobre la canonicidad y un diseño analítico del libro, es el contenido de los *Prolegómenos*. (Probablemente hubieran deseado algunos algo sobre los Heteos y demás

pueblos que tenían alguna relación con Canaán en aquellos tiempos, algo sobre la vida de Josué, Caleb y Elcázaro.)

En el "Comentario" supone con mucha razón al lector de esta clase de estudios con los textos hebreo, griego y latino a la vista; y así creemos está muy acertado en no ocupar espacio inútil transcribiéndolos o traduciéndolos íntegramente. En este supuesto y plan, va explicando el TM, del que transcribe y traduce únicamente lo que considera necesario en la exposición. Lo mismo hace con el texto griego y latino cuando es conveniente acudir a ellos. Con la misma diligencia investiga el sentido gramatical, siempre apoyado en buenos autores (con la cita correspondiente), y procura sacar partido de todos los detalles filológicos en pro de la exégesis. Pone sumo cuidado en el sentido literal auxiliándose de todos los elementos y procura apoyarse en algún buen comentarista; pero manifestándose, al mismo tiempo, muy independiente y equilibrado. Hace resaltar bien las cosas chocantes y las dificultades antes de emitir su propia opinión. Razona siempre su versión o interpretación propia, o que no es corriente, p. ej., en el uso de las partículas, locuciones, etc., para patentizar que no procede arbitrariamente o por necesidad de doctrina preconcebida.

En cuanto a la crítica textual, la hace al paso de la exégesis. Sólo cuando requiere discusión más amplia dedica párrafo aparte en tipo menor, resumiendo los casos que ocurren en la sección. Aquí vemos al maestro autor de "Breve introducción a la crítica textual del A. T." Considera TM, sobre todo cuando va confirmado por LXX B A, con derecho de posesión; cuando alguien se presenta con la pretensión de desposeerle, examina bien los títulos, y, si no son bien fundados y concluyentes, no entrega el dominio; así se lee con frecuencia esta o parecida frase: "Nulla est igitur ratio mutandi ordinem", pág. 72. Cuando corrige algún texto o elimina alguna frase, cuando admite o declara glosas, lo hace apoyado en testimonios y razones verdaderamente sólidas. Muchas veces, entre las variantes pronuncia sentencia, al menos probable; pero otras se limita a la mención de las variantes, sin influir en el lector, y entre tanto expone TM, considerándole "cum iure possessionis". Cosa semejante podemos decir relativamente a la crítica literaria, donde defiende cuanto se puede razonablemente el texto, resuelve las cuestiones y dificultades de los adversarios sin contorsiones, sencilla y satisfactoriamente, de modo que, cuando uno considera, por una parte, estas cualidades y, por otra, la devastación que en el texto causan unos y la revolución que introducen otros —para crear, como dice el mismo P. Fernández, pág. 54, más dificultades que las que pretenden resolver—, uno se siente bien predispuerto, y cuando se examinan en concreto y atentamente las soluciones, uno se confirma en la buena impresión primera.

En el comentario, como en la introducción y en todas las cuestiones especiales que trata en "excursus" para aligerar la exégesis, al mismo tiempo que procura satisfacer las aspiraciones del lector, es breve, sobrio, de nervio y enjundioso, a la vez que claro. A veces con

el sencillo análisis de ideas, con una distinción feliz, o con breve paréntesis (muy frecuente), nos da la explicación atinada. Procura evitar repeticiones, explicando cada cosa en su lugar más propio, y remitiendo a él en los demás. Suprime no pocas cosas innecesarias y abrevia otras. Es objetivo y ajustado al texto, evitando subjetivismos, hipótesis y digresiones no fundadas en el texto mismo, contentándose con lo que buenamente puede decirse a base de los datos positivos —bíblicos o extrabíblicos—, de suerte que puede decirse que se atiene a la sentencia "sapere ad sobrietatem". Es un espíritu eminentemente conservador y ponderado. Contiene también su sentido directamente apologético.

Es de notar lo bien que puntualiza el planteamiento de las cuestiones, las observaciones, los significados y todo cuanto puede contribuir a dar idea exacta del texto, de su sentido y de los problemas que entraña. Se ve cómo pesa las razones, cómo tiene presente los autores antes de pronunciar su juicio —o dejarle suspenso—; no se ilusiona con bellas apariencias ni suposiciones fáciles, ni niega valor a cuanto pueda tenerlo y pesar en el ánimo; no es amigo de soluciones cómodas, sino justas, ni se deja perturbar por las afirmaciones de los arqueólogos cuando pugnan con la historia bíblica; como los sabios se corrigen unos a otros, y a sí mismos, espera con calma nueva luz que venga, al fin, a confirmar los datos de la Biblia. No disimula las dificultades; presenta con lealtad las opiniones y los datos para formarse juicio; profundiza y alumbra nuevas soluciones mejores; si alguna duda queda sobre la validez de sus argumentos, lo advierte honradamente. El P. Fernández es un autor ¡de quien se puede uno fiar! No omite cuanto pueda contribuir a ilustrar el texto y satisfacer los deseos del lector, procurando ponerle al corriente de la última palabra de la ciencia, de las investigaciones arqueológicas, históricas, etcétera. Asimismo pensamos que nadie echará de menos, ni de más, la abundancia de citas confirmatorias y aclaratorias tanto bíblicas como extrabíblicas; las que aduce y repite cuantas veces es conveniente para comodidad del lector, y las distribuye con precisión, afectando inmediatamente a la palabra que interesa ilustrar. La copiosa bibliografía (diez páginas) que pone al principio no es ciertamente un mero adorno. Se muestra en todo bien documentado, tanto al exponer como al probar o refutar, y siempre sereno y ponderado, prefiriendo, como él dice, pág. 66, la tradición bíblica a las suposiciones o conjeturas y demás indicios extraños. Otros puntos interesantes por el asunto y por la solución que da, son: límites de Palestina, págs. 38-39 (donde conviene consultar V. DNI, 1927, 298-304, y no le cita); cuándo partió José de Setín, págs. 54-55; localización de Gilgal, págs. 66-67; de la Circuncisión, págs. 74-76; derecho con que Israel ocupó Canaán, páginas 79-80, abreviando lo que expone en *Biblica*, 1922, 145 y ss.; del sitio de Garizín y Hebal, y el tiempo de la escena, juntamente con lo allí escrito y leído, págs. 122-126; sobre el Herem, citando su artículo de *Biblica*, 1924, 3-25, y el castigo de todo el pueblo por el pe-

cado de Acham, remitiendo también a *Estudios Eclesiásticos*, 1923, 419-426, págs. 104-106; de la crueldad de Israel con los indígenas, página 158-162, completando con las observaciones sobre 11, 20 acerca de la causa superior de haber resistido obstinadamente a Israel los Cananeos, págs. 168-169; la variedad en la descripción de límites y recuento de ciudades y la identidad o semejanza de noticias en Jos. y Jud., páginas 178-182; en qué ribera del Jordán erigieron el altar las tribus transjordánicas, págs. 250-251; la explicación de 24, 26.

Completan la obra dos diseños sobre las excavaciones de Jericó y sobre la región Et-Tell-Hai y un mapa bastante amplio, muy bien trabajado, con tres cuadros especiales —en el margen del mismo— para la región de Genesareth, Wady-Es-Sweinit y la región de Jericó. Tiene un buen índice alfabético.

En resumen: Felicítamos al autor, al editor y a los lectores. Tenemos un verdadero comentario científico al día.

A. HERRANZ.

F. ZORELL: *Psalterium ex hebraeo latinum*, Romae, 1939, XXXII-432 paginae. Editio altera revisa, 25 et 30 lrs. (Scripta Pontificii Instituti Biblici, 53.)

El P. Zorell ha publicado una segunda edición de su versión del Salterio. De sobra conocido es el ilustre profesor del Instituto Bíblico para que tenga necesidad de una presentación por parte nuestra. Su traducción latina de los Salmos reproduce en lo posible el pensamiento de los salmistas encerrado en el texto hebreo y tan oscurecido a veces en la versión alejandrina y en su derivada, la Vulgata. De ahí su gran utilidad, dada la autoridad que la competencia de su autor le comunica. Si algo se podría lamentar sería únicamente el que en aras de un latín más moderno se haya sacrificado a menudo un lenguaje y unas expresiones que respondían suficientemente al texto hebreo y tenían el regusto de lo tradicional y plurisecular; pero en un trabajo hecho sin duda con más aspiraciones docentes que litúrgicas se comprende la libertad deseada y empleada por el traductor.

En su deseo de reflejar el original hebreo, es natural que haya tropezado el autor con no pocas dificultades experimentadas por todos los que han manejado el texto masorético de los Salmos. Véase cómo las ha resuelto en algunos de los puntos más oscuros:

Ps. 49, 8-10:

“Vah! Non liberabitur, non liberabitur quisquam,
non dabit Deo redemptionis suae pretium:
Nimio constat redemptio animae eorum,
desistetque in aeternum a tali conatu.
Ut vivere velit porro in perpetuum
nec videre interitum.”